

# De los polvos de la condesa, los Jesuitas y el cardenal al gin&tonic

---

**Efraín Baus Palacios**  
*Embajador*



**E**n medio de las modas que cada cierto tiempo imponen gustos y comportamientos a nivel social, hace ya algún tiempo se nos coló, por sobre los restrictivos aranceles y salvaguardias, aquella del *gin&tonic*.

A pesar de la indiscutible nacionalidad inglesa de esta bebida, aunque con ancestros holandeses y partida de nacimiento extendida en la India, esta moda parece habernos llegado directamente desde España o desde los Estados Unidos, países en los cuales su venta se ha duplicado en los últimos años y ha desatado un fervor en su consumo.

Pero lo que muy pocos de los *hipsters* enganchados a esta bebida intuyen siquiera cuando, acodados en una barra en Madrid, Londres o Quito, ordenan un *gin&tonic*, es que su bebida no existiría sin un árbol, el de quina, originario de los alrededores de Loja, y que le da al menos 2/3 de su característico sabor.

La historia del camino recorrido desde la montaña de Cajanuma hasta una lata de agua tónica que se abre junto a una botella de gin en cualquier bar es bastante larga e intrincada, y abarca además buena parte de la geografía de nuestro planeta. Pero está llena también de capítulos encantadores que vale disfrutar lentamente, de preferencia con un G&T (*Yi and Ti*, como se lo llama mundanamente) en la mano.

La primera referencia de la que se tiene registro sobre el árbol de la quina y sus propiedades se remonta quizás a 1635 de la pluma del jesuita Bernabé Cobo, quien en su *Historia del Nuevo Mundo* escribió: «En los términos de la ciudad de Loja, Diócesis de Quito, nace cierta casta de árboles grandes que tienen la corteza como de canela, un poco más gruesa, y muy amarga, la cual, molida en polvo, se da a los que tienen calenturas y con sólo este remedio se quitan». El religioso afirma que dicha corteza ya es conocida en Europa y que sus muestras se envían a Roma.

Para muchos autores, las propiedades curativas de la corteza de quina, que se extrae del árbol denominado localmente como cascarilla, eran ya conocidas por los aborígenes americanos antes de que los científicos europeos se fijaran con interés en la planta.

Uno de los primeros fue, sin duda, Joseph de Jussieu, botanista de la Misión Geodésica Francesa que vino al Ecuador en 1735. Mientras los astrónomos de la Misión Geodésica se afanaban en medir el grado de meridiano terrestre para confirmar la forma de la Tierra y zanjar una antigua discusión entre newtonianos y cartesianos, de Jussieu observó y clasificó varios miles de especies de plantas y árboles en el nuevo mundo. Puso especial atención en este árbol y escribió una *Descripción del árbol de quinina*<sup>1</sup>, que fue entregada a La Condamine y permaneció sin ser publicada por 200 años, ¡hasta 1936!

A pesar de ser de Jussieu el precursor y más calificado investigador de entre los integrantes de la Misión Geodésica para esos fines, quien es considerado como el «descubridor» de la quina es Carlos María de La Condamine. Ello se debe a que la Condamine recibió la *Descripción* escrita por de Jussieu y decidió hacer una visita a Loja expresamente para completar este estudio, que fue remitido a París y publicado en las *Memorias de la Academia* en 1738<sup>2</sup>. Sin ser el primero ni el más completo trabajo, es el que más trascendencia tuvo en su momento por ser el primer informe científico que llegó a Europa.

El descubrimiento de la quina, al igual que el de muchos de los productos naturales del nuevo mundo, está envuelto en mantos de historia y leyenda. Pero al ser probablemente la planta más importante en la evolución de la medicina, vale la pena revisar algunos de esos capítulos.

De Jussieu menciona en su *Descripción* que «es seguro que los primeros que aprendieron las virtudes y eficacia de este árbol fueron los indígenas de Malacatos»<sup>3</sup> y señala que uno de sus caciques curó a un religioso jesuita. Se refiere también al nombre aborígen *yarachucchu carachucchu*<sup>4</sup>, composición de *yara*: árbol; *cara*: corteza; y *chucchu*: escalofrío o temblor de fiebre, es decir, desde siempre se lo conoció como árbol de la fiebre.

La Condamine<sup>5</sup> relata que los españoles del área de Loja llegaron a saber de las virtudes de esta corteza, que eran reconocidas y probadas en este cantón, pero ignoradas en el resto del mundo hasta el día en que la esposa del virrey del Perú, Francisca Henríquez de Ribera, condesa de Chinchón, cayó enferma víctima de fiebres continuas. El entonces corregidor de Loja, don Juan López Cañizares, al saber de la enfermedad de la condesa, se dirigió al virrey, don Luis Jerónimo Fernández de Cabrera y Bobadilla, y le aseguró poder curarla a base de la corteza de ciertos árboles locales. El corregidor fue llevado entonces inmediatamente a Lima a fin de encargarse de la preparación y dosificación

de la medicina, y al poco tiempo de ingerirla, la condesa recuperose de sus calenturas.

Doña Francisca ordenó entonces traer de Loja un cargamento de la corteza que, en agradecimiento a su curación, ella misma administraba a los enfermos de fiebre. Desde entonces, el remedio empezó a ser conocido con el –ahora– sugerente nombre de los «**polvos de la condesa**».

Algunos meses después, cansada de repartir tantos polvos, la condesa se liberó de su tarea y entregó las cantidades de corteza que aún poseía a los RRPP jesuitas, quienes continuaron con la benevolente labor. Las calenturas empezaron entonces a curarse con «**los polvos de los jesuitas**», quienes los repartían –faltaba más– gratuitamente en el virreinato. Con este nombre se conoció por largo tiempo al remedio, tanto en América como en Europa.

Más tarde, los jesuitas del virreinato aprovecharon el viaje a Roma del procurador general de la provincia para enviar como encomienda al cardenal español Juan de Lugo muestras de la corteza. El cardenal entregó una parte de las muestras al boticario del Colegio Romano y distribuyó personalmente la medicina a los necesitados. Como se supondrá a estas alturas, los «**polvos del Cardenal**» empezaron a ser muy reconocidos y solicitados en el medio y este, en estricta caridad, los repartía gratis a los pobres y cobraba su peso en plata a los pudientes para financiar los costos de transporte. El peso de la corteza se entiende, no el del cardenal. A pesar de haber sido una tarea personal –e intransferible– del cardenal de Lugo el repartir sus polvos, hay que reconocer a los jesuitas y al Vaticano la difusión de las propiedades de la nueva medicina en Europa.

La importancia de estos polvos lojanos definiría el curso de la historia.

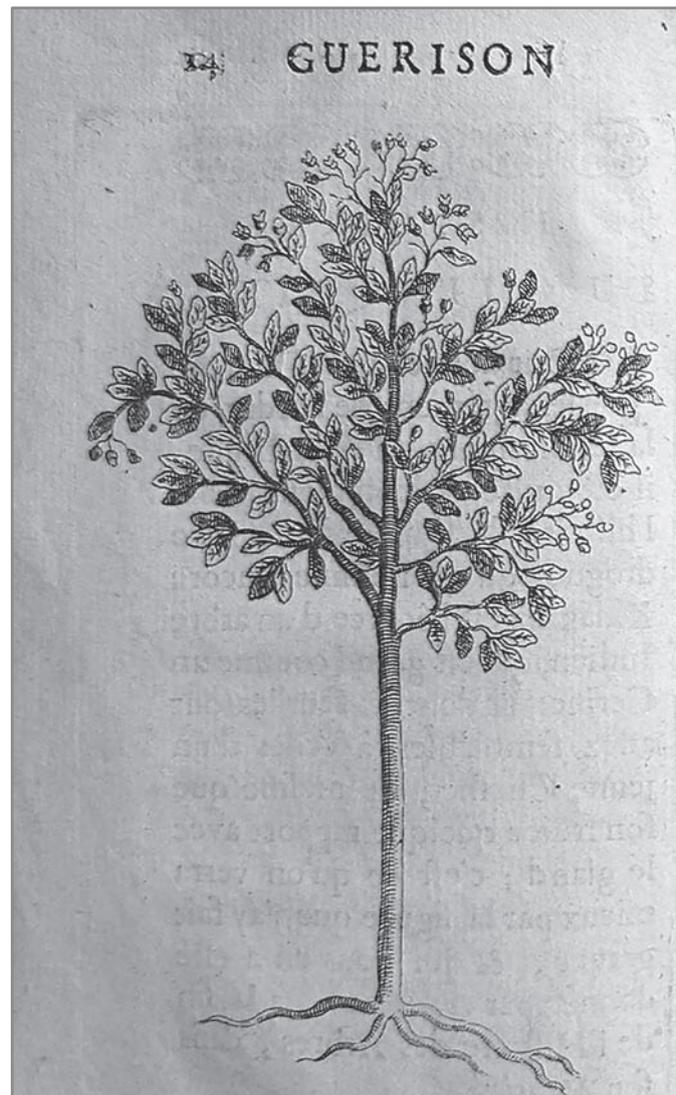


Ilustración del árbol de **Quinquina**, en *De la guérison des fièvres par le quinquina* 1679

Como era natural en el contexto histórico del siglo XVII, las primeras áreas de influencia del nuevo descubrimiento debían ser las Cortes de Inglaterra y Francia, que veían con atención lo que sucedía en las colonias españolas.

Hacia mediados del siglo XVII, las fiebres o calenturas afectaban a la población en las principales ciudades. En Inglaterra se conocía a la enfermedad como «agues», y estaba presente especialmente en las zonas pantanosas. Se hablaba ya entonces de la eficacia de los «polvos de los jesuitas» para su tratamiento en otros lugares, e incluso en los periódicos se promocionaba su venta. Pero Inglaterra era ya un Estado protestante, y cualquier propuesta católica debía ser vista con suspicacia, especialmente por los grandes promotores de la separación de las iglesias.

Uno de ellos fue nada menos que Oliver Cromwell, líder político y militar inglés que llegó a liderar el movimiento que mandó a guillotinar al rey Carlos I y abolió la monarquía inglesa estableciendo la Mancomunidad de Inglaterra, Escocia e Irlanda. Cromwell interesa a este relato porque, víctima de las fiebres, se rehusó a tomar los «polvos de los jesuitas» aduciendo que era un remedio «papista» y lo calificó, para abonar a esta historia, como «**los polvos del diablo**». No pudo, sin embargo, defender por mucho tiempo su postulado, pues falleció al poco tiempo de contraer la enfermedad, en 1658.

Pero por aquellas épocas, Robert Talbor, un aprendiz de boticario decidía abandonar sus estudios en Saint John's College y trasladarse a Essex para «vivir cerca del mar, donde las fiebres eran un mal epidémico»<sup>6</sup>. Talbor se mueve por esos lares preparando y ensayando composiciones de su remedio contra las fiebres, hasta que llega a una fórmula bastante efectiva que decide guardar en secreto. En un escrito suyo, publicado en 1672, señala, sin embargo, que componen su preparado cuatro plantas, dos locales y dos que «vienen de fuera». Y dice también que:

hay que aconsejar a todo el mundo que tenga cuidado con todas las curaciones paliativas y, especialmente, el que se conoce con el nombre de polvo de los Jesuitas... porque he visto que los efectos más peligrosos siguen a tomar el medicamento sin corregir y estar preparado... pero es una medicina noble y segura si está preparada con razón y corregida y administrada por mano hábil.

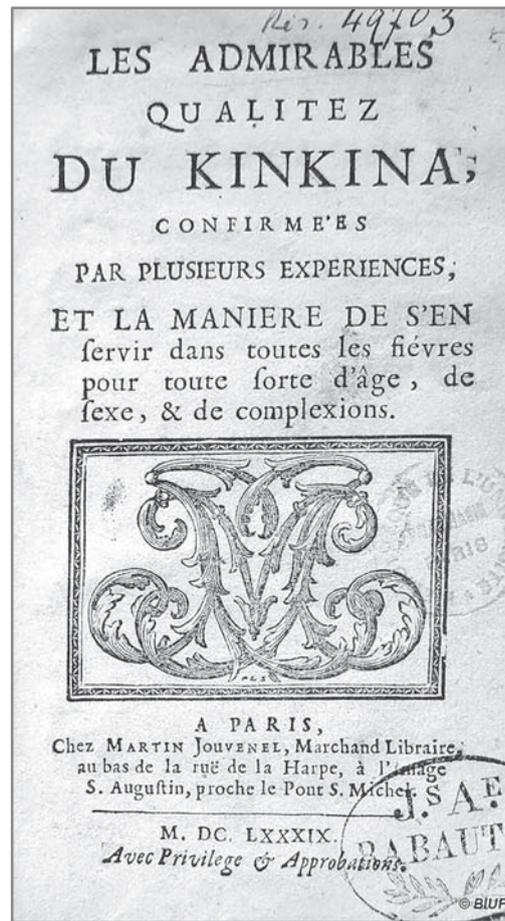


Lógicamente, Talbor trata de evitar lo que se conoce ahora como automedicación o ahorrarse la consulta, y promocionar su preparado, que llega a venderse con relativo éxito. Su fama llega a oídos del rey Carlos II, quien, después de pedir a la Royal Society que verificara los efectos del compuesto, decide incluir a Talbor en la lista de médicos reales, y más tarde lo nombra caballero.

Sir Talbor viaja entonces a Francia con cartas de presentación del rey para el cardenal Mazarín. Ahí, los polvos que prepara curan a María Luisa de Orleans, futura reina consorte de España. A pesar de su éxito y de los prodigios cuidados que brinda a sus pacientes, el remedio nunca llega a mencionarse como los «polvos de Talbor», lo cual no es motivo para dejarlo en mal predicamento.

Por el contrario, su prestigio así como su fortuna no hacen más que incrementar día a día, y llega a la cumbre de su carrera al ser requerido para curar nada menos que al Delfín de Francia, Luis XIV. Los procedimientos de la Corte gala exigían a Talbor preparar cada vez el remedio en presencia del futuro rey, compuesto del que habían comprado la fórmula al inventor por 3.000 luises de oro y una pensión vitalicia. Talbor acordó que la fórmula no sería revelada sino hasta después de su muerte. Esta se produjo en 1681 y entonces se conoció que la medicina estaba hecha a base de la corteza de quina molida a nivel de polvo, y disuelta en vino blanco que se aromatizaba y saborizaba con hierbas y flores como rosas, genciana, anís, ajeno, entre otras, para desvirtuar el amargo de la corteza.

Sir Talbor murió de apenas 39 años, fue enterrado en Cambridge y redactó su epitafio casi como tarjeta de presentación: «El más honorable Robert Talbor, Caballero y Médico Singular, único en curar fiebres de las que había librado Carlos II Rey de Inglaterra, Luis XIV Rey de Francia, el Sereno Delfín, Príncipes muchos, un duque y un gran número de personajes menores»<sup>7</sup>.



Portada de *Les admirables qualitez du Kinkina*, publicado en Paris 1689



Hoja, flor y fruto de la Chinchona, en *Flora Huayaquilensis* Juan Tafalla. Madrid 1989

A estas alturas, por tanto, y con una dosis de chauvinismo, podemos afirmar que los polvos lojanos allanaron el camino para que el mundo pudiera disfrutar más tarde del esplendor de Versalles y de las inmortales obras de Molière, Racine y La Fontaine que el rey Sol patrocinó durante su vida rescatada de las fiebres.

El motivo de este orgullo patrio se basa en el hecho de que a la época, y desde el momento mismo de su descubrimiento, la quina lojana fue considerada como la de mejor calidad y mejores cualidades farmacéuticas, como lo señala el mismo de Jussieu en su *Descripción del árbol de quinina*. «A medida que se aleja de Cajanuma, la calidad de la corteza baja»<sup>8</sup>. Igual observación formula la Condamine. Como se verá más adelante, únicamente la quina lojana abastecía la Real Botica y, por tanto, a las casas reales europeas. Y así lo fue hasta el momento en que España perdió el monopolio de su explotación.

La quina fue uno de los productos más cotizados por los españoles, quizá después solo del oro y la plata. Conscientes de su valor estratégico, la Corona estableció rígidas normas para controlar su comercio. Todos los barcos que partían hacia Cádiz debían llevar un cargamento de la corteza. Y a su arribo, todos los cargamentos debían pasar por la Real Botica donde se examinaba, clasificaba y distribuía el remedio. La quina lojana era el estándar de calidad superior, pero se le asignaron tres clasificaciones: de primera, segunda o tercera clase, mismas que eran destinadas, respectivamente, para el uso del rey y la familia real y para proveer de la misma a otras cortes europeas y al Papa; para los hospitales y ejércitos; o para donarlas a los necesitados.

Polvos lojanos, por tanto, salvaron al mismo Luis XIV y su legado.

Las quinas de otras procedencias eran sometidas a análisis comparativos so-

bre su efectividad frente a la lojana. Estos análisis implicaban pruebas que se realizaban en los hospitales con pacientes pobres. Según los resultados podía recomendarse su utilización en dosis más altas; su empleo en otras actividades como la tintura; o su rechazo y destrucción

A la luz del tiempo, se podría decir que este sistema de clasificación estableció quizás el primer producto con una «denominación de origen controlada DOC» en nuestro territorio y posiblemente en el continente. La quina de Loja debía llegar a España con una declaración notariada de su origen. La Condamine, en su informe de 1738, ya señala que:

La mejor quinquina, o al menos la más renombrada, se recoge en la montaña de Cajanuma, situada a dos leguas y media aproximadamente al sur de Loja, es de ahí de donde se extrajo la primera que se llevó a Europa; hace menos de 15 años que los comerciantes se proveen de un certificado frente a Notario, sobre si la quinquina que adquieren proviene de Cajanuma<sup>9</sup>.



Relata la Condamine también que *«la creencia ordinaria es que, para que no pierda sus virtudes, el árbol debe ser despojado de la corteza en la fase menguante de la luna y del lado del levante»*, y que *«no se omitió de levantar acta delante de Notario de estas circunstancias, en 1735, así como del hecho de que fueron recogidas en la montaña de Cajanuma, cuando el Virrey del Perú, Marqués de Castelfuerte, hizo venir una provisión de quinquina de Loja para llevarla a España a su retorno»*<sup>10</sup>. Desde entonces, era usual requerir en España dicho certificado notarial respecto a su origen.

Como hemos visto hasta este punto, los polvos lojanos estuvieron presentes en primera fila del escenario europeo desde su descubrimiento hasta buena parte del siglo XVIII y suplieron la demanda de la corteza de mejor calidad. Probablemente la quina sea el primer producto agrícola primario de exportación de América del Sur que se vinculó al mercado mundial. Por tanto, solo era cuestión de tiempo para que dicho monopolio sucumbiera por diversas razones.

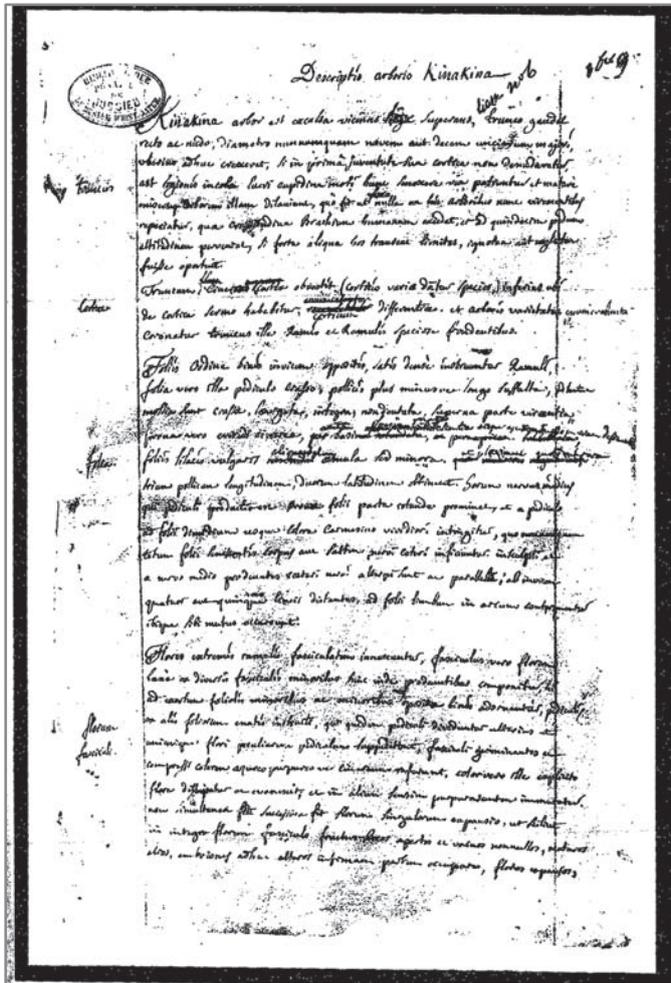
Conscientes del valor de este y otros productos, las cortes de España, Francia e Inglaterra organizaron o financiaron importantes expediciones botánicas con el fin de identificar primero, y apropiarse después, de especies que pudieran tener interés científico y/o económico. Estas expediciones suscitaron grandes contro-

versias científicas en inicio o apariencia, pero que tenían como trasfondo intereses económicos. Sin embargo, un gran resumen de los hallazgos de estas expediciones puede extraerse de la *Memoria sobre el estado de las quinas en general, y en particular sobre la de Loja*, de Francisco José de Caldas<sup>11</sup>. En ella, el sabio que había recorrido gran parte de los dos virreynatos, y que con modestia afirma

conocer «si no todas las especies propias de la Provincia de Quito, al menos la mayor parte», concluye que «sólo en las 200 leguas de las inmediaciones de Loja se halla la verdadera **cinchona officialis**, la única que se remite por cuenta de Su Majestad a la Botica Real»<sup>12</sup>. Este nombre de clasificación botánica fue puesto por el fundador de la nomenclatura botánica y la taxonomía Carl Linneo en honor de la condesa de Chinchón. Aunque se dice que el gran naturalista sueco cometió un error ortográfico, lo cierto es que en latín la pronunciación fonética coincide con el homenaje a la condesa.

Sin embargo, fue precisamente ese prestigio y calidad de la quina lojana la causa de su declive y pérdida de espacio en el mercado mundial. Mientras los bosques originarios de Loja habían sido agotados por las técnicas de recolección de la corteza, que muchas veces talaba el árbol entero, el alto valor de la quina lojana estimulaba la falsificación de esa denominación de origen y la mezcla de la quina superior con especies de menores cualidades.

Los holandeses y los ingleses supieron entender el valor estratégico de la quina y encontraron la forma de traficar semillas y plantas para promover su cultivo en sus posesiones coloniales, especialmente en Java (Indonesia) y Ceilán (Sri Lanka). Estos cultivos, a partir del siglo XIX, surtieron la creciente demanda de quina —el alcaloide procesado extraído de la corteza— en todo el mundo, y motivada especialmente por las grandes campañas colonizadoras en el Asia tropical y en el África. Está documentado que el explorador inglés Richard Spruce, quien pasó 15 años estudiando los bosques amazónicos a partir de 1849, recolectó en Ecuador las



Facsimil de la memoria de Joseph Jussieu, *Description de l'arbre a Quinquina 1737*

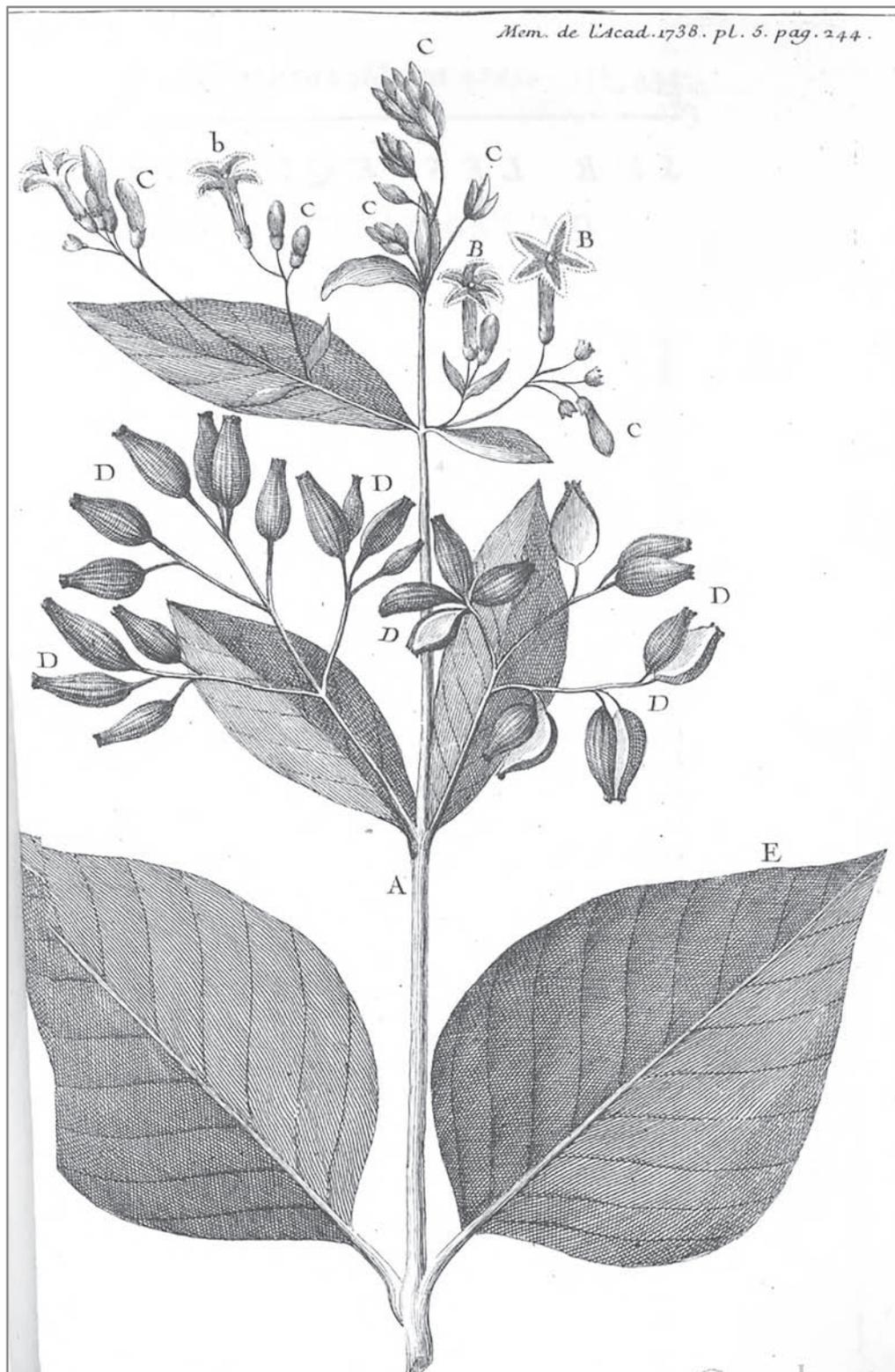
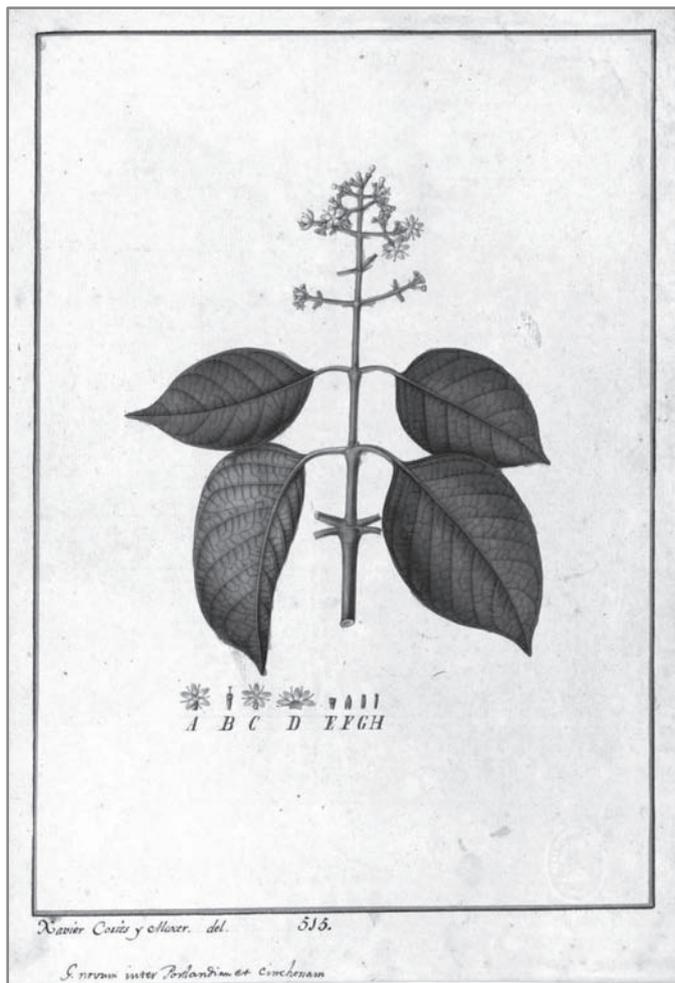


Ilustración de Charles Marie de la Condamine,  
Chinchona (Quinina) en Memoires de l'Academie Royale des Sciences 1738



Xavier Cousis y Collier. del. 515.  
S. nivalis inter Bollandiam et Cochinchinam

**Chinchonam en Flora Huayaquilensis**  
Juan Tafalla. Madrid 1989

semillas y plántulas que fueron llevadas a la India y a Ceilán para iniciar ahí masivamente su explotación por parte de la Corona inglesa. Lamentablemente, la selección de Spruce fue muy pobre y sus especies resultaron de bajas cualidades febrífugas.

De esta forma se cierra el círculo del viaje alrededor del globo de este producto lojano que cambió el curso de la historia en diversos niveles. Pero surge entonces la pregunta ¿cómo se vincula toda esta historia con la bebida de moda, el *gin&tonic*?

Pues hacia 1820, los oficiales de la Armada inglesa que colonizaban la India eran obligados a consumir quina bajo la forma de corteza pulverizada para evitar la malaria. Para disimular su característico sabor amargo, y adelantándose al melódico descubrimiento de Mary Poppins, los soldados mezclaban el polvo de lejano ancestro lojano con una cucharada de azúcar y agua para hacerla bajar. Esta es precisamente la base del agua tónica. A pesar de ello y de lo que dice la famosa canción, la mezcla no era agradable al paladar, por lo

que se la apuraba con un taco de ginebra.

¡Albricias! Nació el *gin&tonic*, que pasó a convertirse en la bebida insignia del Imperio británico.

Se ha dicho con mucho fundamento que la quina es muy probablemente una de las plantas más importantes de la historia de la medicina. Habría que incluir que de la geopolítica también. Quizá nadie lo puso de manera más clara y acertada que el gran Winston Churchill, uno de los mayores estadistas, oradores y conocedores de las virtudes alcohólicas: «**El *gin&tónico* ha salvado más vidas y mentes inglesas que todos los doctores del Imperio**».

## Notas

<sup>1</sup>De Jussieu, Joseph [1737] 1936. *Description de l'arbre a Quinquina, Memoire Inédit. Publié en Commémoration du Centenaire de la Marque des 3 Cachets, par la Société du Traitement des Quinquinas*. París.

<sup>2</sup>De la Condamine, Charles Marie (1738). Sur l'arbre de Quinquina. *Memoires de l'Academie des Sciences* 4: 226-243.

<sup>3</sup>Jussieu, ob. cit., 40. Traducción propia.

<sup>4</sup>Jussieu, ob. cit., 43.

<sup>5</sup>La historia de la condesa se reproduce en varios textos de la Condamine, Humboldt, Mutis, entre otros prominentes científicos de la época. Otros investigadores han desacreditado la historia.

<sup>6</sup>Ver Keeble, T.W. 1997. A Cure for the Ague: The Contribution of Robert Talbor (1642-1681). *Journal of the Royal Society of Medicine* 90. Mayo: 285 y ss.

<sup>7</sup><https://www.malariasite.com/history-treatment/>

<sup>8</sup>Jussieu, ob. cit., 40.

<sup>9</sup>Condamine, ob. Cit., 227. Traducción propia.

<sup>10</sup>Condamine, ob. cit., 230.

<sup>11</sup>Caldas, Francisco José (1966). Memoria sobre el estado de las quinas en general y en particular sobre la de Loja. *Un opúsculo inédito de Francisco José de Caldas*, editado por Federico González Suárez, 241-260. Bogotá: Imprenta Nacional. Paradójicamente, al igual que en el caso de Jussieu, este estudio también permaneció inédito por largo tiempo. Fue publicado por primera vez por González Suárez.

<sup>12</sup>Caldas, ob. cit., 259.